

4-30-2011

Detrás del humo

Gonzalo Páez

Follow this and additional works at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur>

 Part of the [Latin American Languages and Societies Commons](#)

Recommended Citation

Páez, Gonzalo. 2011. Detrás del humo. *Revista Surco Sur*, Vol. 2: Iss. 3, 8-10.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.2.3.2>

Available at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur/vol2/iss3/4>

This CUENTO CON TODOS is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Scholar Commons. It has been accepted for inclusion in Revista Surco Sur by an authorized editor of Scholar Commons. For more information, please contact scholarcommons@usf.edu.

esa voz. Me acerco a un edificio abandonado y veo una puerta rota por la que me puedo colar hasta llegar a la azotea. Subo y subo, pensando en volar, ser libre, desnudarme. Yo te he convertido en asesina, tú a mí en cautiva, soy tu personalidad más temida, no habrá hipnosis, medicamento que te pueda liberar de mí. Tampoco volveré a esa habitación oscura, a la puta cárcel de tu insomnio. Hoy moriremos las dos.

Parada aquí arriba, en el alero, puedo ser gaviota. Libre, volar hacia el mar. Allá en la calle, todos parecen ratas y ratones jugando a los laberintos. El aire me convoca y canto horizontes. Levanto los brazos. “No eres nadie. Te odio.” Escucho esa voz de la mujer de la que no volveré a ser cautiva. El sol me deslumbra. Tac tac tac. Despídete, cariño, ya estás preparada. Déjala ir. Era la voz de ese hombre que siempre esperé. Su voz, pero no puedo verlo, ni sentir su mano acariciando mi cabello. Tac tac tac. Ya no tendré que volverte a hipnotizar, el poder de tu voluntad es fuerte, dijo él a mi cautiva. Le puso la mano en el hombro a ella. Es él. Siento como al poner la mano sobre el hombro de ella fuese a mí, pero no, ya me voy desprendiendo de su mente. Me obliga a suicidarme, me impide llevarla conmigo.

No hay paredes. Acabo mi cautiverio. No puedo creerlo. Me siento liviana. En vuelo libre. Mi cautiva me mira desde el techo, el hombre le tiene la mano sobre el hombro. Ya no hay habitación, ni puerta, tampoco necesito un cuerpo. Voy cayendo hacia la calle, hacia la luz. Soy libre.

Detrás del humo

de Gonzalo Páez

J, llamémoslo así, porque así quería ser llamado, entró en el café en el que había quedado para encontrarse con el hombre. El hombre, sentado en una esquina, era yo.

J no lo sabía.

Nos habíamos citado a las tres y veintitrés de la tarde. “Veintitrés en punto”, le dije por teléfono. Siempre elijo números poco convencionales. Así he descubierto que los clientes creen tener más control sobre sus destinos. Quizás piensen que un hombre que elije números tan arbitrarios debe caminar por el mundo con la exactitud de un reloj, como un esclavo. Los clientes suelen llegar quince minutos antes, a veces veinte. Quieren verme entrar, supongo. Quieren medirme, entender por qué hago lo que hago, o buscan de antemano una ruta de escape. Pero yo siempre llego una o dos horas antes.

Estaba en el tercer sorbo de mi segunda taza de café cuando lo vi. J se había parado afuera del ventanal del lugar y daba pequeños pasos de izquierda a derecha, en un vaivén inquietante. Eran las tres y siete. Sacó un cigarrillo del bolsillo de su pantalón. Llevaba unos *jeans* oscuros, como le había pedido; también camisa blanca y suéter rojo (siempre les pido que se vistan así. “Para reconocerlo”, les digo). El cigarrillo que sacó era largo y J lo fumaba con vehemencia, chupándolo como si fuera un biberón. Lanzó siete u ocho bocanadas de humo y se decidió a entrar. Se sentó en la tercera mesa, a la izquierda de la puerta, entre una gorda que había llegado poco después que yo y un tipo flaco, de bigote alargado y cara

de gendarme. Yo estaba en una esquina, sentado con la pared del local a mis espaldas y con J a mi costado, a cinco puestos. J no me podía ver, a menos que se hubiese dado la vuelta. Estaba preocupado en acabarse el cigarrillo y fingía (digo fingía, porque no daba vuelta a la página) ojear el menú del local. Era más menudo de lo que había imaginado; su cuerpo no iba de acuerdo con la voz ronca que escuché en el teléfono.

Pedí la cuenta y vi que J alzaba constantemente la mirada hacia la puerta. Lo hizo tres o cuatro veces, hasta que se cruzó con el cara de gendarme. Se miraron por unos segundos y J estuvo a punto de saludarlo, cuando el cara de gendarme se levantó y se fue. J lo vio alejarse por la avenida Colón y perderse entre la muchedumbre. Yo me levanté y aproveché su distracción para sentarme a su lado. Cuando volteó la mirada, yo estaba cruzado de brazos observándolo. Abrió los ojos y tensó los brazos, como empujándose hacia atrás, pero no dijo nada. Eran las tres y veintitrés.

No me había juntado con un cliente en casi seis años. No sé por qué decidí volver a hacer un trabajo. No me faltaba plata, ciertamente. Tampoco extrañaba el riesgo (nunca me atrajo). Y ya no tenía edad para hacerlo; J podría haber sido mi hijo. Quizás era eso... Quizás quería ver si a mi edad aún podía hacer este tipo de cosas. Era probable que J se estuviese preguntando lo mismo, porque me miraba entrecerrando los ojos. Estudiaba mis manos, que ya denotaban arrugas; intentaba ver si llevaba algún objeto debajo de mi gabardina. La señorita del café se

Yolanda Suárez, *Banner*



acercó a nuestra mesa y preguntó si ya íbamos a ordenar. Creo que me reconoció como el hombre en la mesa de la esquina, pero no dijo nada. J pidió un café (“Bien cargado, por favor”); yo hice lo mismo.

—Quiero decirle que me hubiese gustado no llegar a esto —dijo J.

Asentí. J sacó un cigarrillo. Las manos le temblaban y le costó prenderlo. Al tercer intento, surgió la llama del encendedor y la mesa se llenó de humo.

- No soy una mala persona.
- No estoy aquí para juzgarlo —le dije.
- Usted debe haber hecho esto varias veces.
- Algunas.

J me miró fijamente, como recriminándome.

—Siempre hay clientes —agregué y J bajó la mirada.

Me recordaba a un viejo amigo del colegio. J era muchos años más joven, claro, pero tenían la

misma mirada, el entrecejo generoso y el mentón alargado; el de J terminaba con una pequeña barbilla que no lograba ocultar su corta edad. Quizás estaba cursando sus últimos años universitarios, o tal vez ya fuera un joven empresario.

—Por el teléfono me dijo que eran cinco mil.

—Cinco mil ahora, cinco mil después —le aclaré.

—Supongo que en efectivo.

—Y, bueno, a menos que usted quiera dejar rastros...

J sonrió. Estaba ya en la colilla del cigarrillo y las manos le habían dejado de temblar. Su mirada era más directa, inquisitiva; su voz, más segura.

—Yo no quería llegar a esto.

—No tiene que darme explicaciones.

—Busqué alternativas —dijo. Yo me encogí de hombros. Él prosiguió: —No soy una mala persona—. Y traté de hablarle, de explicarle que necesitaba el dinero. Se que no es la primera vez que se lo pido, pero esta vez es necesario. Es de vida o muerte, ¿me entiende?

—Mire, yo estoy aquí simplemente para hacerle un trabajo. Las razones... bueno, razones usted las tendrá.

—Pero quiero que me comprenda...

J iba a proseguir cuando nos interrumpió la señorita del local. Nos trajo los cafés y unas galletitas de cortesía. Le sonreí y ella me devolvió la sonrisa. No estaba nada mal. Su cabello castaño le caía por delante, hasta donde empezaba el delantal, cubriéndole los senos, que eran pequeños pero puntiagudos. Cuando se fue, pude observar con detenimiento sus caderas y la silueta que dibujaban sus corvas detrás del pantalón. J ni siquiera había alzado la mirada.

Las galletitas, aunque no estaban muy crujientes, tenían un buen sabor. Parecían ser moncaibas, o el intento de alguien que quiso hornear moncaibas. Sorbí un poco de café. Era mi tercera taza del día. J había encendido otro cigarrillo y las manos le habían vuelto a temblar. Miraba por el ventanal, hacia la dirección por donde se había desvanecido el cara de gendarme. Aspiró el humo un par de veces y sacó del bolsillo un sobre tamaño carta doblado en la mitad. Lo puso sobre la mesa y respiró profundo. Mantuvo por unos instantes las puntas de los dedos presionadas contra el sobre, hasta que lo deslizó hacia mí. No lo tomé enseguida. Alcé mi mano derecha, pero en lugar de tomar el sobre, agarré otra galletita.

—Ahí tiene cinco mil —dijo J sin verme a los ojos—, y la información que me pidió.

Abrió el sobre con los dedos, sin alzarlo, y saqué un papel. Horarios de trabajo, de las rutinas; direcciones del domicilio y de la empresa. No incluía un nombre; nunca era necesario un nombre. Así era mejor: que fuera un trabajo anónimo. Metí el papel en el sobre y saqué una foto tamaño pasaporte. La observé detenidamente. ¡No podía ser! ¡Era Carlos, mi amigo! Estaba más viejo, mucho más viejo de lo que creía estar yo, a pesar de que éramos de la misma edad. Pensé que quizás fuera un error, que se trataba de alguien parecido, de algún doble haciéndose pasar por mi amigo. J debió haber notado mi cara de sorpresa, porque me preguntó si me pasaba algo. Negué con la cabeza. Pero el de la foto era Carlos, no cabían dudas. No lo había visto en más de veinte años. Éramos muy amigos. En ese momento me vino a la memoria la última vez que lo vi, en una cena en su casa. Ximena aún vivía. Yo aún no me dedicaba a esto. No recuerdo qué celebrábamos, pero él había tenido recientemente su segundo hijo. Ximena y yo esperábamos el primero. Y J... J, su primogénito, era apenas un niño y aún chupaba biberón. Lo chupaba como ahora chupaba el cigarrillo frente a mí. Poco después de esa reunión, Ximena perdió el bebé y nada volvió a ser lo mismo.

Metí la foto y cerré el sobre. Lo dejé sobre la mesa. No estaba seguro de querer hacer este trabajo. En ese momento me arrepentí de haber salido de mi retiro por la simple curiosidad de sopesar mis habilidades, de vencer el paso de los años. Estuve a punto de levantarme y echarme para atrás, pero algo me decía que si no era yo, J buscaría a otro.

—¿Está usted seguro de que quiere hacer esto? —le dije.

J me miró extrañado.

—¿Seguro? No. No estoy seguro de nada. Pero no tengo alternativas, ya se lo dije.

—Siempre hay alternativas —le dije. Tenía que haber alternativas, me dije a mí mismo.

—La gente a la que debo el dinero no suele dar alternativas.

—¿Qué gente?

J miró a los lados. Hice lo mismo y noté que el local estaba vacío, salvo la señorita que atendía. J empujó el sobre hacia mí y éste casi cayó de la mesa.

—No soy una mala persona. Yo no quería hacer esto —dijo. Noté que sus manos otra vez temblaban—. Si tuviera alternativas, ¿cree usted que haría algo así?

—No lo sé.

—¡Cómo que no lo sabe! —explotó J y se levantó de la silla. La señorita nos miró asustada. Tomé su brazo y le obligué a sentarse.

—Tranquilo —le dije—. Lo último que queremos es llamar la atención.

J se sentó y sacó otro cigarrillo. A la primera bocanada empezó a llorar. Se tapó la cara con la mano izquierda.

—Si no está seguro, no tenemos que hacer esto —le dije en voz baja, tratando de calmarlo.

J frunció el ceño.

—En el teléfono me dijo que, una vez nos reunamos, no hay marcha atrás.

—Lo sé, pero veo que está muy consternado.

—¡Y cómo mierda no voy a estar consternado!

—¿Cuánto le debe a esta gente? —mientras le hablaba, fui empujando de vuelta el sobre hacia el centro de la mesa—. ¿Por qué mejor no intenta robarle el dinero?

J puso su mano bruscamente sobre la mía, parándome en seco.

—Usted y yo tenemos un trato. Y si no lo cumple, la próxima vez contrato a alguien para que le hagan el trabajito a usted —dijo sin pausas. Ya no temblaba y su voz era mucho más determinante. Por primera vez desde que nos sentamos me habló sin parpadear.

Se levantó de golpe y metió su mano al bolsillo. Sacó un billete de veinte y lo depositó sobre la mesa.

—No tengo alternativas —me dijo con los ojos clavados al piso y su voz resquebrajada—. No puedo robarle el dinero... Lo mejor será heredarlo.

Salió del local sin mirar atrás. Parado en la vereda sacó otro cigarrillo. Se tardó unos segundos en prenderlo. Cuando al fin lo hizo, empezó a caminar por la misma derrota del cara de gendarme. Caminó despacio y zigzagueando, pero erguido, como seguro de sí mismo. Lo perdí de vista al cruzar la calle.

Saqué nuevamente la foto tamaño pasaporte y vi a Carlos con detenimiento. Me pregunté si su esposa aún vivía, si él habría sabido de la muerte de Ximena. En la foto se veía triste, con la cara alargada. Después de unos minutos guardé la foto en el sobre. Tomé el billete de veinte que J había dejado sobre la mesa y puse uno de diez en su lugar. Metí el sobre en mi gabardina. Antes de levantarme me comí la última galleta.

—Gracias —le dije a la señorita.

Ella asintió y percibí su mirada clavada a mis espaldas. Salí del café y bajé caminando por la Colón, a paso acelerado. Doblé en la Mariscal Foch y, después de unos segundos, me perdí entre la gente. Eran las cinco y diez.